



**REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA**  
Publicación digital semestral  
**Director: Mario Toer**  
[politicalatinoamericana.org/revista](http://politicalatinoamericana.org/revista)

**JAIR BOLSONARO, POPULISMO DE DERECHA Y FIN DE CICLO  
POLÍTICO**

**JAIR BOLSONARO, POPULISM OF THE RIGHT AND THE END OF  
POLITICAL CYCLE**

**Rafael Rezende**

Master en Sociología, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ). Beca CAPES. Investigador del Centro de Estudios de Teoría Social y América Latina.

Correo: [brozrezende@gmail.com](mailto:brozrezende@gmail.com)

## Resumen

Este artículo tiene como objetivo analizar la elección de Jair Bolsonaro desde un punto de vista interesado en los procesos sociales que ha permitido el ascenso de un político *sui generis* como él. Argumentaremos que su victoria es fruto de un proceso en el cual él mismo no tenía control y cuyos principales artífices fueron el poder judicial y los grandes medios de comunicación. Por último, defendemos que Bolsonaro es la representación brasileña de una ola populista de derecha que crece alrededor del mundo debilitando las democracias liberales. Específicamente en el caso brasileño, esa ola surge como punto final de un ciclo político democrático de mercado que ha tenido presencia por más de treinta años.

**Palabras clave:** Fin de ciclo, Derecha, Populismo, Bolsonaro.

## Abstract

This article aims to analyze the election of Jair Bolsonaro from a point of view interested in the social processes that has allowed the rise of a politician *sui generis* like him. We will argue that his victory is the result of a process in which he had no control and whose main architects were the judiciary and the mainstream media. Finally, we defend that Bolsonaro is the Brazilian representation of a right-wing populist wave that grows around the world, weakening the liberal democracies. Specifically in the Brazilian case, this wave arises as the end point of a democratic political market cycle that has been present for more than thirty years.

**Keywords:** End of cycle, Right, Populism, Bolsonaro.

## 1. Ciclo democrático de mercado (1979 - 2017)

La utilización de los ciclos, como un recurso analítico que destaca ciertas tendencias de desarrollo de un determinado momento histórico, no es algo exactamente nuevo. Quizás la más famosa utilización de tal recurso haya sido hecha por Arrighi (1996), en el campo de la economía política, al señalar la existencia de ciclos sistémicos de acumulación como parte del desarrollo del modo de producción capitalista. Dicho esto, vamos a utilizar la idea de ciclos políticos como herramienta para ayudarnos a comprender la actual coyuntura política brasileña.

Asumimos que, a partir de finales de los años 1970, se inició en Brasil un nuevo ciclo político con características contradictorias pero combinadas. Por un lado, este ciclo era democratizante, por otro lado, neoliberal. Por eso elegimos llamarlo "ciclo democrático de mercado". Se trata de lo que Dagnino (2004) llamó "confluencia perversa", pero, a diferencia de la autora, observamos más perversidad que confluencia, ya que la idea de confluencia puede ofrecer la impresión de que había una convivencia más o menos pacífica entre los vetores democráticos y los vetores del mercado, lo que no es real. Así como Wood (2011), entendemos el mercado y la democracia como dos fuerzas conflictivas en el intento de regular la producción social.

A partir del resurgimiento de organizaciones de la sociedad civil otrora impedidas de actuar políticamente, así como el nacimiento de nuevas organizaciones, el ciclo político autoritario fue, poco a poco, siendo sustituido por un nuevo ciclo. Sader observa el año 1978 como el inicio de una novedad que fue "primero enunciada bajo la forma de imágenes, narrativas y análisis refiriéndose a grupos populares de los más diversos que irrumpían en la escena pública reivindicando sus derechos, empezando por el primero, por el derecho a reclamar derechos (Sader, 1988, 26). Años después, Domingues observó tal proceso como un elemento compartido, en mayor o menor grado, por toda América Latina. Según él, lo que ocurrió en aquel momento fueron giros modernizadores múltiples en los que las clases populares, pueblos originarios, negros, mujeres, lucharon para hacer avanzar la civilización moderna en una dirección democrática (Domingues, 2009).

De la organización de esas fuerzas, que desde abajo luchaban por la democracia, nació, en Brasil, lo que Doimo (1995) tituló Campo Popular, es decir, un campo ético-político a partir del cual los actores populares se hacen sujetos de la historia. De ese campo popular, formado, en parte, por los nuevos personajes sobre los cuales Sader investigó, nació el Partido de los Trabajadores (PT). Desde entonces, el partido se ha convertido en la mayor fuerza política-electoral de la izquierda brasileña. Podemos atribuir tal fuerza a la capacidad de organización del partido, la atracción de cientos de miles de militantes y el liderazgo carismático de Luiz Inácio da Silva, el Lula.

Si por un lado el ciclo político vivido en los años 1980 y 1990 fue de la democracia, de los derechos y de la ciudadanía, por otro lado, fueron del avance de la lógica del mercado, de la flexibilización de los mercados de trabajo, de la desregulación de la economía y de la inseguridad socio-económica. Tal escenario, por nosotros expuesto, puede sonar contradictorio, pero en realidad no es nada más que el encuentro contencioso entre dos tendencias globales: la de la expansión de las democracias liberales y del avance de la globalización neoliberal. En cierto modo, Streeck (2016) observa tales tendencias al afirmar que los Estados contemporáneos responden a dos poderes constituyentes: un *Marktvolk* y un *Staatvolk*. El primero se refiere al campo de

la economía capitalista, a los operadores de lo que llamamos mercado global, al derecho privado. El segundo se refiere al pueblo político, al ciudadano, al derecho público. De esta forma, podemos notar que el modus operandi de los Estados, durante las últimas décadas, fue la búsqueda del equilibrio entre los intereses generalmente opuestos de los dos poderes aquí descritos.

Durante el ciclo democrático de mercado, se formó un singular panorama político-electoral. Entre 1985 y 1994 se organizaron 68 partidos. Pero fue a partir de 1994 que el escenario partidista sería conformado de la manera estable. El cientista político Jairo Nicolau (2018) observó tres características propias de aquel período: la polarización entre el Partido de los Trabajadores, de centro izquierda, y el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), de centro derecha; el rol central del PT en el sistema partidista; la fragmentación partidista que hace casi imposible que un partido solo pueda obtener mayoría en cualquiera de las casas legislativas.

Siendo así, podemos afirmar que entre 1994 y 2014 Brasil vivió veinte años de una razonable estabilidad económica, política y social. En ese período, PT y PSDB fueron los actores más destacados alrededor de los cuales orbitó la vida política institucional brasileña. Desde el punto de vista social, los actores que más tuvieron preponderancia en la arena pública fueron aquellos nacidos o reorganizados durante el fin de la dictadura militar y el proceso de redemocratización. Estamos hablando, más especialmente, de la Central Única de los Trabajadores (CUT), el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y la Unión Nacional de los Estudiantes (UNE). En el campo empresarial, los actores más influyentes fueron la Confederación de Agricultura y Ganadería de Brasil (CNA) y la Federación de las Industrias del Estado de São Paulo (FIESP).

## **2. Crisis y fin de ciclo**

Si elegimos empezar abordando el ciclo democrático de mercado fue porque la victoria de Jair Bolsonaro, para presidente de Brasil, significó el fin de aquel período histórico. Pero antes de interpelar propiamente la elección presidencial de 2018 y explicar el por qué de la elección del militar representar el fin de una era, vamos a observar de qué manera el ciclo democrático de mercado entró en crisis hasta que, por fin, fuese cerrado.

### **2.1 Junio de 2013**

Entre 2003 y 2013, Brasil vivió una década de alarmante tranquilidad: la economía crecía, se generaban empleos, la renta de los trabajadores mejoraba, la desigualdad social disminuía, se crearon políticas sociales, el país parecía resistir el avance de la crisis global iniciada en 2008 y el sentimiento general de la población era de optimismo con el futuro<sup>1</sup>. Sin embargo, en junio de 2013, se inició un gigantesco ciclo de protestas que cuestionaría la aparente tranquilidad de la vida política y social brasileña. En cierta manera, podemos pensar ese momento como un retorno de lo reprimido, es decir, como la reaparición de una crisis política, económica y social que

<sup>1</sup> Según una encuesta realizada por el Instituto Brasileño de Opinión Pública y Estadística (IBOPE), en 2012, el 57% de los brasileños creía que el año siguiente sería de prosperidad económica. En ese momento, el optimismo en Brasil era un 60% superior al promedio global del 35%. Fuente:

<http://www.ibope.com.br/pt-br/noticias/Paginas/Mais-da-metade-dos-brasileiros-acredita-que-2013-sera-de-prosperidade-economica.aspx>

nada tiene de excepcional, sino que es parte de la estructura de la historia brasileña y del propio modelo capitalista de producción.

Las “Jornadas de junio”, como se ha conocido el ciclo de protestas iniciado en 2013, sigue siendo un gran enigma para los sociólogos brasileños, debido a su complejidad y heterogeneidad constitutiva. Desde ya aclaramos que, a diferencia de muchas interpretaciones, entendemos las “Jornadas de junio”, como parte de un multifacético proceso político, pero no observamos una relación de causalidad directa entre el ciclo de protestas y el fin del ciclo democrático de mercado. Al contrario, percibimos las “Jornadas de junio”, más como una representación sintomática que como un trauma.

La serie de protestas que se extendió por todo el territorio nacional, empezó como un movimiento contra el aumento de las tarifas de autobuses urbanos y terminó como una apertura societaria sin precedentes en la historia reciente de Brasil. Su singularidad está relacionada con la indignación difusa que alimentó las protestas, la ambivalencia de los discursos, la heterogeneidad de las demandas y la ausencia de mediación de terceros y de actores tradicionales (Bringel, 2016), algo también visto en otras movilizaciones contemporáneas como el Occupy Wall Street, en Nueva York, y el 15-M, en Madrid.

Lo que estamos llamando de apertura societaria no es más que la fluidificación de las estructuras políticas y sociales anteriormente fijadas, el inicio de una reconfiguración de las subjetividades políticas que reposicionaron los campos políticos a partir de la emergencia de nuevos sujetos, prácticas y discursos. Al final, lo que venía a la superficie con las manifestaciones eran parte de las contradicciones que desde siempre estructuran Brasil. Las contradicciones esas que ni siquiera la exitosa síntesis progresista del *lulismo* logró superar: el racismo, la desigualdad, la desconexión entre la representación política y el tejido social y la quiebra de un proyecto de desarrollo que, por un lado, logró mejorar la vida de parte de las personas, y, por otro lado, se mantuvo preso y hasta intensificó al modelo capitalista de organización de la producción social.

Las protestas de las “Jornadas de junio” se fueron desvaneciendo lentamente, pero las novedades traídas por el movimiento permanecieron. La primera de ellas fue el aumento del ya preexistente rechazo popular a la política tradicional, es decir, a los partidos y la casta política, un sentimiento parecido al argentino *que se vayan todos*. Como afirmamos anteriormente, en aquel momento el PT era el más importante actor en el escenario político brasileño y el partido que gobernaba el país, luego, también fue el más afectado por la ola anti-política institucional.

Otra novedad fue el surgimiento de movimientos sociales de derecha, algo inusual en Brasil. El rápido ascenso de movimientos como el Movimiento Brasil Libre (MBL) y el Viene a la Calle (Vem pra Rua) puede ser atribuido a una serie de factores. Son ellos: la habilidosa utilización de las redes sociales como plataforma de comunicación; la adaptación de repertorios de acción y movilización tradicionalmente de las agrupaciones izquierda; la rapidez con que respondieron la ventana de oportunidades abierta en la política brasileña, en 2013; y el financiamiento que recibieron de *think tanks* liberales nacionales y extranjeros. Tales financiaciones no son fácilmente observables, ya que estos movimientos son adeptos de una táctica que se ha convenido llamar *astroturfing*. Se trata de una práctica que busca ocultar a los patrocinadores de una acción o organización con el fin de dar la impresión de que es algo espontáneo, oriundo de las bases populares.

Previamente, afirmamos que las “Jornadas de junio” produjeron un reposicionamiento de los campos políticos, lo que, en la práctica, ocurrió a través de una radical polarización entre las fuerzas de derecha y las de izquierda, primero en la dimensión social, posteriormente en la dimensión político-institucional. En esta última, el reposicionamiento de los campos políticos significó la progresiva decadencia del antiguo y poderoso centro político con el que todos los gobiernos del ciclo democrático de mercado, sean del PT o del PSDB, gobernaban por una necesidad estructural del sistema político brasileño que, como ya se ha dicho, es extremadamente fragmentado.

## **2.2. La construcción del antipetismo como un significante vacío**

A partir de 2013, se han intensificado los habituales ataques al PT. El objetivo era claro: debilitar la fuerza electoral y social de aquel que era la mayor, más importante y más victoriosa organización política de izquierda de la historia del país. Veremos qué, al contrario de lo que ocurría anteriormente, en 2014 el Poder Judicial asumió la línea de frente de los ataques y los grandes medios pasaron a ocupar la retaguardia.

Antes de abordar propiamente la construcción del antipetismo como un significante vacío, vamos a aclarar lo que significa eso. Según Ernesto Laclau (2013), al pensar la lógica de la política, afirma que los campos políticos son construidos a través de discursos que logran articular demandas distintas sobre una misma línea de equivalencia. Para ello, se hace necesario un discurso tan amplio que el significante no tiene necesariamente un significado, es decir, un significante vacío. Además, Laclau recurre a Freud para afirmar que la construcción de un grupo cualquiera exige la oposición a otro grupo, una forma de antagonismo. Lo que veremos en las líneas siguientes son los pasos dados en el sentido de la construcción del antipetismo, o sea, del odio al PT como discurso fundamental de la articulación de un renovado campo político de derecha.

De todos los artificios discursivos movilizados para hacer el antipetismo un significante vacío, ninguno de ellos fue más importante que la asociación entre el PT y la corrupción generalizada en el Estado brasileño. Si por un lado es verdad que el PT se involucró en casos de corrupción, así como todos los demás partidos, por otro lado también es verdad que, cuando estuvo en el gobierno, el partido creó una serie de mecanismos para combatir la cuestión aquí narrada. Siendo así, es correcto afirmar que el PT estuvo involucrado en crímenes de corrupción, mientras que es incorrecto tratarlo como el partido de la corrupción, ya que se trata de un problema sistémico que afecta a la enorme mayoría de los partidos.

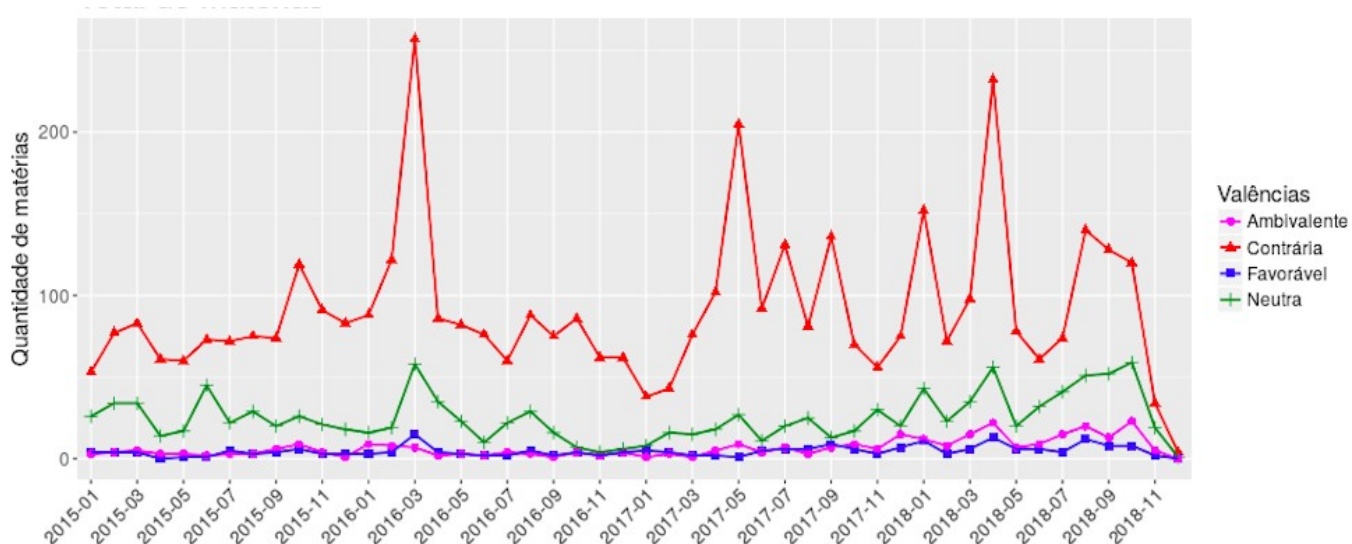
En el año 2014, aún bajo el gobierno de la presidenta Dilma Rousseff (PT), se inició una operación de la Policía Federal Brasileña con el objetivo de investigar una serie de crímenes que involucra a agentes públicos y privados. Rápidamente las investigaciones descubrieron lo que muchos ya sospechaban: grandes empresas financiaban campañas políticas de los más variados partidos políticos a cambio de beneficios en contratos con los gobiernos. Tal articulación fue, al menos desde la redemocratización, el *modus operandi* de la política brasileña desde el gobierno federal hasta las más pequeñas prefecturas.

Con el desarrollo de la operación, quedó claro que la acción del Poder Judicial y de la Policía Federal no estaba basada en el concepto de isonomía, es decir, de igualdad ante la ley. Por más que diversos políticos y partidos fueran investigados y procesados, la

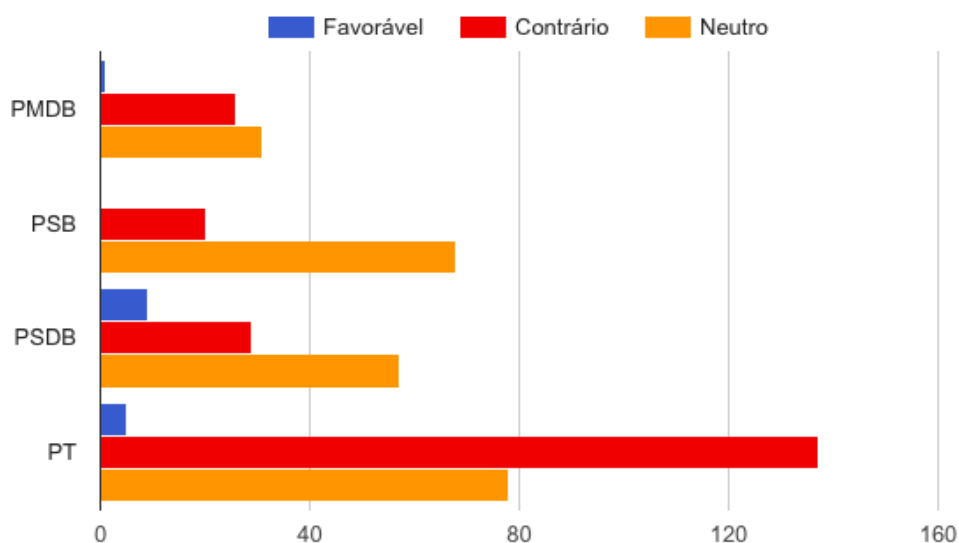
mano pesada de la justicia recaía con más fuerza sobre el PT. Vimos, por lo tanto, un acelerado y peligroso, desde el punto de vista democrático, avance del ya entonces vigente proceso de judicialización de la política.

Si el objetivo era (o se convirtió en) destruir el partido, era preciso atacar la cabeza de la organización: Lula. El ex presidente fue procesado, juzgado, condenado en segunda apelación y encarcelado por supuestamente haber recibido favores de empresas constructoras. Sérgio Moro, el juez que condujo el proceso, se convirtió en una celebridad nacional y su actuación fue muy cuestionada por juristas y organización nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos. Más adelante veremos que ese mismo juez anuló los derechos políticos de Lula, yendo contra una solicitud del Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, y fue nombrado Ministro de Justicia por Jair Bolsonaro, el mayor beneficiado por la no participación del ex presidente en las elecciones.

¿Cómo puede ser que el presidente más popular de la historia del país, favorito para ganar las elecciones, haya sido arrestado sin ninguna gran revuelta popular más allá de las manifestaciones de las tradicionales organizaciones de izquierda? En este punto, operaron los grandes medios de comunicación como legitimadores de un discurso anti-político, pero especialmente anti-*petista*. La posición demofóbica y elitista de la prensa brasileña se manifiesta más claramente en la ya tradicional repulsa y persecución a los líderes populares y con Lula no fue diferente (Goldstein, 2017). En una investigación pionera en Brasil, el Laboratorio de Estudios de Medios y Esfera Pública de la Universidad del Estado de Río de Janeiro acompañó la cobertura de los grandes medios sobre una serie de temas. Aquí vemos cómo fue la cobertura de los tres más importantes diarios de Brasil (O Globo, Folha de São Paulo y O Estado de São Paulo) sobre Lula, de enero de 2015 a noviembre de 2018. La línea roja se refiere a materias contrarias al ex presidente, la línea azul a materias favorables, la línea verde a materias neutras y la línea púrpura a materias ambivalentes.



Si volvemos un poco en el tiempo y miramos cómo fue la cobertura de los mismos medios durante el período electoral de 2014, vemos que el tratamiento dispensado a los entonces mayores partidos de Brasil fue así:



Recurrimos a estos gráficos no sólo para afirmar que hay una desproporción entre el trato otorgado a Lula y el PT en comparación con el otorgado a los otros partidos y liderazgos partidistas, pero también para evidenciar el tamaño de esa desproporción. Siendo así, no es exagerado afirmar que los medios tuvieron un relevante papel en la conformación del anti-*petismo* como un significativo vacío. Veremos, ahora, cómo, por primera vez, el campo político nacional de derecha obtuvo éxito a través de la instrumentalización del anti-*petismo*.

### 2.3 Golpe parlamentario

Justo después de ser derrotado por Dilma Rousseff (PT) en las elecciones presidenciales de 2014, Aécio Neves (PSDB) afirmó que iba a pedir una auditoría sobre el resultado de las elecciones. Era una señal de que, de aquella vez, parte de la oposición no aceptaría la derrota electoral según las reglas del juego.

En el 15 de marzo de 2015, apenas tres meses y medio después de que Rousseff asumiera su segundo mandato, comenzaron las protestas exigiendo la destitución de la presidenta electa. Estas protestas, convocadas principalmente por el Movimiento Brasil Libre y por el Viene a la calle, con el apoyo de FIESP, eran, según sus organizadores, acciones colectivas no partidistas. Pero no era así. En 2018, una significativa parte de los líderes de las protestas de 2015 fueron elegidos para cargos de representación a través de partidos tradicionales de la derecha brasileña.

En este punto nos interesa pensar: ¿por qué, poco después de la elección de la presidenta, tanta gente salió a las calles para protestar contra ella? Tenemos tres hipótesis no conflictivas. La primera se refiere a la sedimentación del anti-*petismo* como un significativo vacío. Para mucha gente, todos los problemas de Brasil pasaron a ser explicados por la presencia del PT en el gobierno federal. El odio al PT, anteriormente



un fenómeno demofóbico extremadamente localizado en las élites, se transformó en un aglomerado de signos capaces de dar sentido a las experiencias políticas y sociales de miles de brasileños, no sólo en la clase dominantes.

La otra hipótesis tiene que ver con la crisis económica que asoló Brasil. Esta, fruto de los reflejos de la crisis internacional de 2008 y de algunas malas opciones tomadas por el equipo económico de Rousseff. Es importante resaltar que, al asumir su segundo mandato, en 2015, Rousseff cede las presiones de los agentes del mercado y, con el fin de combatir la crisis, nombra a un economista ortodoxo para el Ministerio de Finanzas, así como anuncia un ajuste fiscal para los años siguientes. Para su base política y sus electores, tal movimiento fue interpretado con una traición, ya que durante el período electoral la ex presidenta prometió justamente lo opuesto.

Si en la sociedad el escenario estaba arduo para Rousseff, en las instituciones políticas representativas no era diferente. Con una bancada parlamentaria de apoyo menor y una bancada de oposición más agresiva, Rousseff necesitaba ser habilidosa en las negociaciones en el congreso y en el senado, sin embargo, esa no era una característica de la presidenta que se hizo conocida por sus habilidades de gestión y no de negociación. Muy rápidamente ella perdería el apoyo del centro político, lo que fue un enorme obstáculo para su gobierno.

Sin el apoyo popular y con dificultad para componer una mayoría en el parlamento, Dilma estaba aislada. Era la oportunidad que parte del campo derechista deseaba para derrotar al PT. No es correcto afirmar que toda la oposición, desde el principio, estuvo homogéneamente apoyando el golpe parlamentario, pero, con el desarrollo de los acontecimientos, los más variados actores se alinearon en una articulación antidemocrática y anti-popular: industriales, terratenientes, casta política, mercado financiero y grandes medios de comunicación se unieron, con la permisividad del poder judicial, para destituir a una presidenta electa a partir de una acusación de desacato a la ley presupuestaria<sup>2</sup>. Lo que en un régimen parlamentario sería algo natural, en un régimen presidencialista fue un rompimiento con el orden liberal democrático que existía desde 1988. A partir de este golpe parlamentario, se rompió la base política sobre la que se sostuvo el ciclo democrático de mercado.

El vicepresidente, Michel Temer, miembro del más importante partido de centro y uno de los principales artífices del golpe, asumió el poder. Su agenda política, por él llamada “puente para el futuro”, en realidad nada más era que el viejo recetario neoliberal. Identificado con lo que el pueblo veía como la vieja política, envuelto en innumerables casos de corrupción y promotor de indeseadas medidas anti-populares, Temer logró ser el presidente más mal evaluado de la historia reciente de Brasil. De esta forma, sin fuerza para gobernar, su gobierno sería sólo un mandato tampón hasta que el próximo presidente fuera elegido.

### **3. Elecciones de 2018**

El proceso electoral de 2018 fue un proceso demasiado inusual. Muchos analistas, incluso el autor de este artículo, erraron al no dar la debida importancia a la excepcionalidad de la elección. Tal excepcionalidad puede resumirse en tres puntos: el impedimento legal de la participación de Lula, el candidato favorito en todas las

<sup>2</sup> Muchos brasileños creen que Dilma fue destituida por estar involucrada con la corrupción, sin embargo, nunca fue probado su implicación con ningún caso de mal uso del dinero público.

encuestas; el sentimiento generalizado de rechazo a los políticos tradicionales; y la influencia de las redes sociales.

La anulación de los derechos políticos de Lula, actitud duramente criticada por la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, fue indudablemente una intervención del poder judicial en la elección. Lula, incluso cuando preso, lideraba todas las encuestas con enorme ventaja sobre sus adversarios. Estaba claro que era el único militante del PT cuyo carisma era capaz de romper el anti-*petismo*. Justamente por eso, no sólo fue impedido de concurrir a la presidencia, como lo impidieron dar entrevistas y grabar vídeos. En la cadena, las cartas eran su única forma de comunicación con el pueblo.

El sentimiento generalizado de rechazo a los políticos tradicionales es, hasta cierto grado, comprensible. Por más que el ciclo democrático de mercado tenga significado, para la mayoría de la población, una mejora concreta en el acceso a derechos, el pueblo aún se veía preso a un sistema que muchas veces no respondía a sus más básicas demandas. Después de 2013, esta justa indignación comenzó a ser estimulada en gran medida por los medios de comunicación de masas. El PT, sin duda, fue el partido más afectado, pero tal proceso acabó por tocar toda casta política. Siendo así, se estaba conformando un escenario propicio para un *outsider*<sup>3</sup>.

Las redes sociales, en especial el WhatsApp, aun no siendo ninguna novedad, surgieron como herramientas de fundamental importancia para la comunicación electoral. Por medio de ellas, Bolsonaro compensó la falta de espacio en la propaganda electoral gratuita transmitida en la televisión -espacio ese casi todo destinado, por ley, a los partidos mayores- con una agresiva estrategia en las redes sociales, muchas veces sirviéndose de las *fake news*, famosas desde la elección del Donald Trump, en Estados Unidos.

### 3.1 El populismo de derecha

Esperando una elección como las anteriores, casi todos los analistas y los partidos se prepararon para otro enfrentamiento entre PT y PSDB. No podrían estar más equivocados. Incluso, el candidato del PSDB, por muchos apuntado como el favorito, no logró conquistar ni un décimo de los votos válidos. Su favoritismo era acreditado a su amplio arco de alianzas y la fuerza de su partido, pero, como veremos, en esa elección eso no importaba tanto.

La hipótesis que aquí vamos a defender es que Bolsonaro ganó porque aprovechó una ventana de oportunidades y forjó un populismo verde y amarillo alineado a una tendencia internacional anti-sistémica de derecha. De esa forma, Bolsonaro fue capaz de producir un discurso fuerte que conquistó una significativa parcela de la población brasileña a través de la movilización de signos preexistentes.

Al contrario de lo que se ha hecho común afirmar, el populismo para nosotros no es una forma demagoga de gobierno, sino una lógica política anti-sistema que combina liderazgo fuerte, articulación de equivalencias entre las más diversas demandas populares, relación de antagonismo con el campo político opuesto y conexión sin mediaciones entre el pueblo y el líder. Además, por supuesto, un significativo vacío que

<sup>3</sup> Es impresionante el éxito de marketing de Bolsonaro al venderse como outsider después de siete mandatos como representante del pueblo.

organice la equivalencia entre las demandas populares. Es justamente por eso que Bolsonaro no fue elegido presidente. El que fue elegido fue el anti-*petismo*, representado por Bolsonaro. Por el mismo motivo, Alckmin, el candidato del PSDB, no llegó a la segunda vuelta: no era carismático, no era anti-sistema y no podía encarnar el antipetismo como hizo de forma radical el ex capitán del ejército y futuro presidente. En otras palabras, no era populista cuando la gente quería ser pueblo, no era cambio cuando la gente era anti-sistema.

Si el populismo, como ya hemos dicho, es una lógica política, entonces puede asumir contenidos de izquierda o de derecha. Recientemente, lo que vemos alrededor del mundo es el crecimiento del populismo de derecha concomitante con el debilitamiento de las democracias liberales. Podemos citar algunos casos más notorios como Trump, en los EEUU; Orbán, en Hungría; Duterte, en las Filipinas y Salvini, en Italia. Todos estos casos poseen particularidades, pero, de manera general, encajan en lo que estamos calificando como populismo de derecha. Además, el populismo de derecha se diferencia de la derecha tradicional que conocimos en la segunda mitad del siglo XX por asumir una postura anti-sistémica y, al menos retoricamente, anti-liberal, oponiendo el nacionalismo al globalismo. Sin embargo, lo que más nos interesa observar es cómo esas fuerzas llegaron al poder con un discurso anti-sistémico y con un programa anti-democrático. Veamos cómo fue en Brasil, con Bolsonaro.

### **3.2 Las condiciones para el ascenso**

Podemos empezar listando una serie de condiciones que propiciaron el ascenso de un político hasta poco tiempo sin expresión al más importante cargo de la república. El primero es el sentimiento general de inseguridad generado por la situación de anomia creciente en la sociedad brasileña. En una entrevista reciente, el filósofo Marcos Nobre (2018) recordó que, en momentos como ese, la gente tiende a volverse hacia lo que les es más precioso: la familia y la religión. Siendo así, no fue muy difícil conquistar parte de las personas a través de discursos conservadores supuestamente en defensa de la familia tradicional y de la fe cristiana. Además, otro tipo de inseguridad se apoderó de los sentimientos de los electores brasileños: la inseguridad causada por la exorbitante violencia urbana. En un país que, a diferencia de vecinos como Argentina y Uruguay, nunca trató abiertamente las cicatrices de la dictadura militar, las fuerzas armadas aparecen como una opción en defensa del orden y de la seguridad pública. Como bien recordó Hillani, escenarios como ese son propicios para el surgimiento de figuras como Bolsonaro, que operan la excepción supuestamente en defensa del orden:

La reciente ola hollywoodiana de producir interminables películas sobre superhéroes es generalmente despreciada como resultado de una suma entre infantilización del público y la codicia de los estudios por taquilla más rentables. Más interesante sería, sin embargo, cuestionar si la figura del superhéroe no tiene algo más profundo que revelar sobre la sociedad en que vivimos. Como cualquier figura heroica del pasado, el superhéroe inspira valores y anhelos en las personas comunes, una especie de brújula moral que se transmite culturalmente. Su especificidad, sin embargo, reside en su constante vinculación a la idea de seguridad: lo que la mayoría de los personajes de esas historias tiene en común es la utilización de superpoderes para combatir la criminalidad de la que las fuerzas policiales estatales no dan cuenta - una excepción a la prohibición de hacer justicia con las propias

manos que está legitimada por la necesidad de mantener la sociedad segura.  
(Hillani, 2018. p. 89)

Si aceptamos que, de la misma forma que el trabajo precede al capital, la insurgencia precede a la contra insurgencia, podemos pensar la ascensión del Bolsonaro también como una reacción a los avances conquistados en la última década, sea por los pobres, sea por las mujeres, sea por los negros. De esta forma, podemos comprender la expansión de los discursos de odio no como una manifestación de origen electoral, sino como un fenómeno social en el que grupos, muchas veces hasta mismo desposeídos, defienden sus privilegios históricos de género y raza. En consecuencia, una vez más fue posible movilizar el anti-*petismo* como un significativo vacío asociando al PT y a la izquierda en general con la lucha de los negros y de las mujeres, supuestas amenaza a la familia tradicional y al carácter cristiano de la sociedad brasileña.

La asociación entre liberalismo económico y conservadurismo político, al menos desde la era Reagan, no es algo exactamente un fenómeno nuevo. Sin embargo, en Brasil, recientemente la dicha asociación ganó un nuevo impulso a través de la campaña de Bolsonaro. Eso porque, desde 2006, la derecha brasileña percibió que no podía ganar la disputa política en el campo económico, entonces debería traerla al campo moral. Sexualidad, drogas, aborto y derechos humanos, se convirtieron, entonces, en temas centrales de los debates<sup>4</sup>.

Además del escenario de anomalía y de la reacción contra la insurgencia negra y feminista, Bolsonaro también contó con un apoyo sorprendente para hacerse conocido: los programas populares de auditorio en emisoras de baja audiencia. En una interesante investigación, Piaia y Nunes (2018) descubrieron que entre 2010 y 2018 Bolsonaro participó de 33 programas de televisión de ese tipo, un número bastante inusual para políticos brasileños. Podemos afirmar, por lo tanto, que Bolsonaro es, en parte, producto del submundo de la industria cultural.

### 3.3 La estrategia

Bolsonaro no es un buen orador, no es carismático y es despojado de cualidades intelectuales. Por lo tanto, para ganar, era necesario hablar poco y hablar confuso. En ese sentido, el ataque a cuchillos durante el período electoral le fue de gran utilidad, pues permitió que él tuviera una justificación para faltar a todos los debates siguientes. Preso, por elección propia, a las redes sociales, Bolsonaro podría hablar lo que quisiera sin nadie para cuestionarlo. Más que eso, podía usar las redes sociales para operar su estrategia de cacofonía en la campaña. Tal estrategia consiste en una mezcla de declaraciones confusas y conflictivas entre los miembros de la campaña, dando la impresión de lo que cada uno defiende algo diferente, sin embargo, se trata de un artificio calculado para poder dialogar con el mayor número posible de personas sin necesariamente tener que asumir una posición definitiva en un determinado tema sensible.

Hasta ahora, presentamos la estrategia legal de Bolsonaro, pero no todo ha sido operado dentro de la legalidad. La campaña del ex presidente montó y operó una extensa red de

<sup>4</sup> Es importante resaltar que en 2010, durante la elección presidencial, Dilma ya tuvo que lidiar con acusaciones de que era atea y de que defendía la legalización del aborto. Ambas acusaciones promovidas por José Serra, candidato del PSDB y públicamente negadas por la ex presidenta, aunque todos sabíamos, ella era atea y a favor de la legalización del aborto.

propaganda y difusión de fake news que, según la Folha de São Paulo (2018) fue financiada ilegalmente por empresarios, llegando a costar R\$ 12 millones. El método funcionaba así: Bolsonaro alentaba a sus seguidores a crear grupos de comunicación en WhatsApp que eran alimentados de información por robots programados por la campaña. Las fake news se difundían de acuerdo con el perfil de cada grupo. En grupos religiosos, por ejemplo, se difundió la noticia de que Manuela d'Ávila, candidata a vicepresidenta, defendía que Jesús era un travesti. Otra táctica era preparar una ofensiva de fake news para el día anterior las elecciones, no dando tiempo para que el adversario responder a los ataques.

Esta estrategia, que parece bastante única, en realidad ya había sido utilizada de forma similar durante la última elección estadounidense y durante el plebiscito sobre el Brexit, en el Reino Unido. Las similitudes nos hacen creer que hay puntos de contacto entre estos distintos procesos políticos, que de alguna forma hacen parte de la misma guerra híbrida basada en las *fake news*, en el *lawfare* y en la utilización de datos extraídos de perfiles de usuarios de las redes sociales. El hecho es que la participación de los agentes judiciales en la política y la manipulación de noticias son dos fenómenos contemporáneos que colaboran para el debilitamiento de las democracias, si entendidas como regímenes de soberanía popular.

### **3.4 El resultado**

La segunda vuelta de las elecciones de 2018 tuvo una particularidad: los dos candidatos, Bolsonaro (PSL) y Haddad (PT), tenían un alto rechazo popular. Esto significa que buena parte de los votantes no votó al candidato que apoya, sino contra el candidato que detesta. Ahora, tampoco es posible analizar cuánto una elección así corrobora el sentimiento de anti-política ya tan enraizado en la sociedad brasileña, pero podemos conjeturar que la polarización, que desde 2013 domina el escenario político y social, tiende a aumentar.

El recorte de clase, género y regional fueron los más claros durante la elección. Las mujeres, las personas pobres del noreste tendían a votar por el PT. En cuanto a los hombres, los sureños y de clase alta tendían a votar por Bolsonaro. En cierto modo, esto demuestra que, más que debilitar al PT, el principal hecho de la campaña de Bolsonaro fue ocupar el lugar que antes fue del PSDB. Es decir, la izquierda perdió espacio, pero fue el centro derecha, la derecha liberal, la mayor perdedora de esa elección. Su antiguo espacio ahora fue ocupado por una derecha más radical, más popular y menos liberal en el sentido político.

Más que vencer las elecciones, el gran hecho de Bolsonaro fue construir un partido para llamar el suyo. El Partido Social Liberal (PSL), hasta hace poco era un partido pequeño e inexpresivo, pero en apenas una elección se convirtió en la segunda mayor representación en el congreso brasileño. Lo que aquí definimos como un gran sentimiento nacional anti-sistema se volvió también contra liderazgos tradicionales de la derecha. Muchos de ellos perdieron sus elecciones justamente para los candidatos apoyados por Bolsonaro. Y el PT, partido que más sufrió con los procesos políticos recientes, se mantuvo con la mayor bancada en el congreso brasileño.

#### 4. Conclusión y perspectivas futuras

Concluimos este artículo alegando que la elección de Jair Bolsonaro significó el fin de un ciclo político que se extendió por más de treinta años en Brasil. El fin de este ciclo tiene que ver con una tendencia global de colonización de las democracias liberales por los agentes del mercado, pero también está relacionado con cuestiones internas, como el reposicionamiento de los campos políticos, la producción de nuevas subjetividades políticas y principalmente el fin del pacto social sellado en la Constitución de 1988.

El nuevo ciclo que nace todavía no es cognoscible, sin embargo, podemos suponer que serán tiempos de menos espacio para la soberanía popular y más espacio para el avance de relaciones basadas en la lógica mercantil. Además, podremos observar la reconfiguración del Estado-nacional como un actor que, cada vez más, opera la represión a aquellos que no pueden o no quieren ser integrados a la lógica productiva y, cada vez menos, operando la mediación de las relaciones entre capital y trabajo, como en el siglo XX.

Nadie puede afirmar con certeza cómo será el gobierno de Bolsonaro, pero ya sabemos que tendrá que lidiar con algunas contradicciones. La primera de ellas es entre las propuestas hechas antes de las elecciones y las condiciones inexistentes para implantarlas. Por ejemplo: Bolsonaro prometió que su gobierno tendría solamente quince ministerios, pero él ya tuvo que anunciar que en verdad serán veintidós. La segunda contradicción es el equilibrio entre dos campos distintos de poder adentro de su gobierno: el de los liberales, comandados por el Chicago Boy Paulo Guedes; y el de los militares, comandado por su vicepresidente General Mourão. La tercera contradicción es entre una lógica política populista y la defensa de políticas anti-populares. Bolsonaro tendrá el desafío de equilibrar su auto-construcción como liderazgo popular y la aplicación de una serie de medidas que contrarían los intereses populares. Por último, la cuarta y última contradicción es la que se conforma entre ser anti-sistema y gobernar dentro del sistema.

La cuarta contradicción no conduce a una cuestión: ¿cómo va a gobernar Bolsonaro? En un reciente artículo, el cientista político Rogerio Arantes (2018) propone tres escenarios. En el primer escenario, Bolsonaro se adhiere al sistema, hace concesiones a los partidos tradicionales para componer una mayoría parlamentaria, pero desagrada a sus electores, que esperaban cambios radicales. En el segundo escenario, Bolsonaro opta por un gobierno autoritario legal, es decir, no democrático, pero, teóricamente, dentro de la ley. El problema de este escenario es que, a diferencia de lo que ocurrió en 1964, ahora las instituciones y organizaciones de la sociedad civil tendrían razonable fuerza para resistir. En el tercer y último escenario, Bolsonaro hace un gobierno errante, confuso y estimulando la violencia en la sociedad. En ese caso, Bolsonaro, que nació y vive de la inestabilidad política, podría crear enemigos internos o externos para intentar enmascarar la contradicción entre su populismo de derecha y sus políticas anti-populares.

En suma, estamos defendiendo que el gobierno Bolsonaro forma parte de una tendencia global de debilitamiento de las democracias y que eso, en Brasil, está significando el fin de un ciclo político marcado por la convivencia contradictoria entre democracia y mercado. No podemos afirmar con certeza hacia dónde va Bolsonaro, pero intentamos explicitar de forma sucinta de donde vino.

## Bibliografía

Arantes, R. B. Três cenários para Bolsonaro. In. Jota. 28/10/2018. Disponível em: <https://www.jota.info/opiniao-e-analise/artigos/tres-cenarios-para-bolsonaro-28102018>

Arrighi, Giovanni. O longo século XX: dinheiro, poder e as origens de nosso tempo. São Paulo: Editora UNESP, 1996.

Bringel, Breno. 2013-2016: polarização e protestos no Brasil. In. OpenDemocracy. 2016. Disponível em: <https://www.opendemocracy.net/democraciaabierta/breno-bringel/2013-2016-polariza-o-e-protestos-e-no-brasil>

Dagnino, Evelina. Confluência perversa, deslocamentos de sentido, crise discursiva In: GRIMSON, A. La Cultura em las crisis lationamericanas. Buenos Aires: CLACSO, 2004.

Doimo, Ana Maria. A Vez e a Voz do Popular: Movimentos Sociais e Participação Política no Brasil pós-70. Rio de Janeiro: Relume-Dumará: ANPOCS, 1995.

Domingues, José Mauricio. A América Latina e a modernidade contemporânea: uma interpretação sociológica. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2009.

Folha de São Paulo. Empresários bancam campanha contra o PT pelo WhatsApp. 18/10/2018. Disponível em: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2018/10/empresarios-bancam-campanha-contra-o-pt-pelo-whatsapp.shtml>

Goldstein, A. Prensa tradicional y liderazgos populares en Brasil. Buenos Aires: A Contra Corriente, 2017.

Hillani, Allan Mohamad. Na urgência da catástrofe: violência e capitalismo. Rio de Janeiro: Gramma, 2018.

Laclau, Ernesto. A razão populista. São Paulo: Três Estrelas, 2013.

Nicolau, Jairo. O triunfo do bolsonarismo. Como os eleitores criaram o maior partido de extrema direita da história do país. In. Revista Piauí. Ed. 146. Novembro, 2018.

Nobre, Marcos. Marcos Nobre: “Bolsonaro foi o candidato do colapso e precisa dele para se manter no poder”. In. El País. Publicado em 19/11/2018. Acessado em 27/11/2018. Disponível em: [https://brasil.elpais.com/brasil/2018/11/14/politica/1542228843\\_630245.html](https://brasil.elpais.com/brasil/2018/11/14/politica/1542228843_630245.html)

Piaia, V., Nunes, R. Política, entretenimento e polêmica: Bolsonaro nos programas de auditório. In. IESP nas eleições. Disponível em: <http://iespnaseleicoes.com.br/politica-entretenimento-e-polemica-bolsonaro-nos-programas-de-auditorio/>

Sader, E. Quando os novos personagens entraram em cena: experiências, falas e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo, 1970-80. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1988.

Streeck, W. Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático. Buenos Aires-Madrid: Capital Intelectual, 2016.

Wood, Ellen Meiksins. Democracia contra capitalismo: a renovação do materialismo histórico. São Paulo: Boitempo, 2011.